

# **La Historia universal en 100 preguntas**

Luis E. Íñigo Fernández



# Índice

¿Por qué un libro como este? .....	15
------------------------------------	----

## I. El alba de la civilización

1. ¿Por qué no somos neandertales? .....	19
2. ¿Por qué el ser humano se hizo agricultor? .....	23
3. ¿Cómo surgieron los primeros jefes? .....	28
4. ¿Por qué los jefes se convirtieron en reyes? .....	31
5. ¿Y qué le pasó a la igualdad? .....	35
6. ¿Cómo nació la religión? .....	39
7. ¿Cómo surgió la escritura? .....	43
8. ¿Cuál fue el origen de los imperios? .....	46
9. ¿Por qué cayeron los imperios? .....	51
10. ¿Por qué los griegos, siendo tan avanzados, no tuvieron su propio imperio? .....	54
11. ¿Por qué los persas odiaban tanto a los griegos? ....	56
12. ¿Por qué ganaron los griegos las Guerras Médicas? ....	59

## II. La época clásica

13. ¿Cómo surgió la democracia? ..... 63
14. Pero ¿era de verdad democracia? ..... 66
15. ¿A qué se debió la enemistad  
entre Atenas y Esparta? ..... 69
16. Y, entonces, ¿por qué no ganaron los atenienses  
la guerra del Peloponeso? ..... 72
17. ¿Por qué el arte griego era tan diferente? ..... 74
18. ¿Y por qué se inventó la filosofía? ..... 77
19. ¿Cómo se explican las extraordinarias victorias  
de Alejandro Magno? ..... 79
20. ¿Por qué los chinos edificaron la Gran Muralla? .... 82
21. ¿Por qué los romanos expulsaron a sus reyes? ..... 85
22. ¿Por qué el pueblo romano  
terminó teniendo emperadores? ..... 88
23. ¿Por qué se enfrentaron los cartagineses  
y los romanos? ..... 92
24. ¿Qué hizo tan poderosas a las legiones de Roma? ... 96

## III. La antigüedad tardía

25. Y entonces, ¿por qué cayó el Imperio romano  
de Occidente? ..... 101
26. ¿Eran los «bárbaros» tan bárbaros? ..... 105
27. ¿Por qué triunfó el cristianismo? ..... 108
28. ¿Deberíamos decir que  
el cristianismo murió de éxito? ..... 110
29. ¿Existió el rey Arturo?..... 113
30. ¿Por qué fracasó Justiniano en su empeño  
de restaurar el Imperio romano? ..... 117
31. ¿Lo consiguió Carlomagno? ..... 120
32. ¿Fueron acaso los musulmanes  
los auténticos herederos de Roma? ..... 123

33. ¿Por qué los califas se mostraron incapaces de mantener unido su imperio? ..... 125
34. ¿Fue entonces la Iglesia la heredera de Roma? ..... 127
35. ¿Por qué había monasterios en la Europa medieval? ..... 131
36. ¿Es lo mismo feudalismo que régimen señorial? ..... 133
37. ¿Cuál fue el origen de los siervos medievales? ..... 137

#### IV. La Edad de las Tinieblas

38. ¿Fue el Medioevo en realidad la Edad de las Tinieblas? ..... 141
39. ¿Por qué peregrinaban los europeos? ..... 144
40. ¿Por qué resurgieron las ciudades en la Edad Media? ... 147
41. ¿Cómo era la vida del pueblo llano en la Edad Media? ..... 150
42. ¿Cuáles fueron las causas de las cruzadas? ..... 152
43. ¿Por qué se enfrentaron el emperador y el papa? ..... 155
44. ¿Por qué la batalla por el poder en la Europa medieval la ganaron los reyes? ..... 158
45. ¿Por qué la peste negra mató a uno de cada tres habitantes de Europa en el siglo XIV? ..... 160
46. ¿Por qué triunfó el arte gótico? ..... 164
47. ¿Por qué proliferaron las herejías en el otoño del Medioevo? ..... 166
48. ¿Por qué duró más de cien años la guerra de los Cien Años? ..... 169
49. ¿Por qué los aztecas practicaban el canibalismo? .... 173

#### V. Descubrimientos y reformas

50. ¿Por qué se «descubrió de nuevo» América en el siglo XV? ..... 177
51. ¿Y por qué la descubrieron los españoles? ..... 180

52.	¿Qué fue la revolución de los precios? .....	184
53.	¿Qué era la alquimia? .....	186
54.	¿Cuál era la mentalidad de los hombres y las mujeres del Renacimiento? .....	190
55.	¿Por qué se enfrentó Lutero al papa de Roma? ....	192
56.	¿Qué provocó las guerras de religión? .....	195
57.	¿A qué debió España su hegemonía en Europa? ...	197
58.	¿Y por qué fue tan intensa la decadencia de España? .....	200
59.	¿Fue en realidad el siglo xvii un período de crisis en Europa? .....	204
60.	¿Qué provocó la guerra de los Treinta Años? .....	207
61.	¿Por qué fracasó en Inglaterra la monarquía absoluta? .....	211
62.	¿Y por qué triunfó el absolutismo en el resto de Europa? .....	214
63.	¿Por qué el arte barroco es tan recargado? .....	217

## VI. La era del liberalismo

64.	¿Por qué decimos que el xviii fue el Siglo de las Luces? .....	221
65.	¿Qué fue el despotismo ilustrado? .....	224
66.	¿Por qué cambió la actitud de la burguesía en las postrimerías de la Edad Moderna? .....	226
67.	¿Por qué se alcanzó el equilibrio entre las grandes potencias en el siglo xviii? .....	230
68.	¿Por qué la Revolución Industrial empezó en Inglaterra? .....	233
69.	¿Por qué una vez que comenzó, ya nadie pudo parar la Revolución Industrial inglesa? .....	237
70.	¿Por qué se rebelaron contra Inglaterra los colonos norteamericanos? .....	240

71.	¿Por qué los colonos españoles imitaron a los norteamericanos? .....	243
72.	¿Por qué estalló la revolución en Francia? .....	247
73.	¿Por qué la revolución estalló tan tarde en Rusia? .....	250

## VII. La Primavera de los Pueblos

74.	¿Por qué Napoleón humilló a toda Europa? .....	255
75.	¿Por qué Napoleón fue vencido por los españoles? .....	258
76.	¿Qué pretendió hacer el Congreso de Viena? .....	261
77.	¿Eran iguales todos los nacionalistas? .....	265
78.	¿Por qué creció tanto la población en el siglo XIX? .....	269
79.	¿Cuál fue el origen del movimiento obrero? .....	271
80.	¿Quiénes fueron los socialistas utópicos? .....	275
81.	¿Por qué los anarquistas y los marxistas se odiaban tanto? .....	278
82.	¿Y qué opinaba la Iglesia católica de la cuestión social? .....	282

## VIII. El fin del antiguo orden

83.	¿Por qué los europeos se convirtieron en dueños del mundo? .....	285
84.	¿Cuáles fueron las causas de la Primera Guerra Mundial? .....	289
85.	¿Y por qué perdió Alemania la Gran Guerra? .....	293
86.	¿Por qué hubo por fin una revolución en Rusia? ...	296
87.	¿Por qué fueron tan felices los años veinte? .....	300
88.	¿Qué provocó la Gran Depresión? .....	303
89.	¿Por qué un maestro de escuela	

	se convirtió en el amo de Italia? .....	306
90.	¿Por qué un simple cabo se convirtió en dictador de Alemania? .....	310
91.	¿Por qué Gran Bretaña y Francia no detuvieron a Hitler? .....	314
92.	¿Por qué fue tan distinta la Segunda Guerra Mundial? .....	317
IX. <i>Quo vadis, humanitas?</i>		
93.	¿Por qué se produjo la descolonización? .....	321
94.	¿Por qué cuando acabó la colonización dio comienzo el neocolonialismo? .....	324
95.	¿Cuál fue el origen del feminismo? .....	326
96.	¿Qué fue la Guerra Fría? .....	330
97.	¿Y quién la ganó? .....	333
98.	¿Por qué quieren unirse los europeos? .....	336
99.	¿De verdad ha llegado el fin de la historia? .....	339
100.	¿Se aproxima el fin de la humanidad? .....	343
Bibliografía	.....	347



## ¿POR QUÉ UN LIBRO COMO ESTE?

Parece una pregunta obligada. En un mercado editorial tan saturado como el español actual, con más de setenta mil nuevos títulos cada año, muchos de ellos dedicados a la historia, es necesario justificar la necesidad de uno más. Y estoy convencido, querido lector o lectora, de que este que ahora sostiene en sus manos o ha llamado su atención desde las estanterías virtuales de internet, quizá dudando si adquirirlo o no, es necesario, interesante, entretenido y útil. O al menos esa fue mi meta cuando lo escribí.

Las tres últimas virtudes serán quienes lean este breve libro los que han de juzgar si las posee o no; respecto a la primera, creo que les debo una explicación. ¿Por qué considero necesaria una obra como esta? Sencillamente, porque no existe ninguna similar en el terreno de la historia.

La hay, dese luego, y magnífica, en el de las ciencias naturales. Isaac Asimov, gran divulgador científico, amén de maestro consumado de la ciencia ficción, publicó ya hace más de cuatro décadas sus *Cien preguntas básicas sobre la ciencia*, una obra muy breve, de poco más de trescientas páginas, que ha ayudado en buena medida a incrementar la cultura científica de los profanos del mundo entero.

En el terreno de la historia existen, por supuesto, buenas obras de síntesis. Se trata, casi siempre, de crónicas de la humanidad en un solo volumen que, con ambiciosas o humildes pretensiones literarias, pueden servir de manera excelente como introducción al conocimiento del pasado, o como mero divertimento erudito, pero sin duda han venido a mejorar también el saber histórico de muchos lectores, aficionados o no a la disciplina. Pero su formato es el de una narración continua; si se responden preguntas que pueden surgir en la mente de quien a ellas se acerca, no es de modo sistemático y explícito. Y esto supone un problema: a veces el lector no se hace las preguntas adecuadas y a veces se las hace, pero quedan sin respuesta.

En los últimos años han proliferado también libros que, aunque resultan en apariencia similares a los anteriores, son, a mi entender, todo lo contrario: una suerte de reverso tenebroso y perverso de la literatura de divulgación. Se trata de los célebres *Todo lo que usted debería saber sobre...* o *Los mil libros que todo el mundo debería haber leído...* Desde mi punto de vista, por supuesto del todo personal y sin pretensiones de infalibilidad, estas obras ponen en evidencia algo muy triste sobre la sociedad actual. A diferencia de los otros, que pueden y deben servir de introducción culta a lecturas posteriores, e incluso, cuando están bien escritos, animan a llevarlas a cabo, estos libros alimentan una peligrosa tendencia en imparable crecimiento en los últimos tiempos: el adocenamiento y la superficialidad de la actual cultura de masas.

En un mundo como el actual, en el que tantas personas, víctimas del estrés y los horarios laborales irracionales, no son capaces de encontrar tiempo para la lectura, libros como esos pueden servir para aparentar que se posee el mínimo de conocimiento que llevaría mucho tiempo adquirir por medios convencionales, esto es, leyendo las obras, ya originales, ya de alta divulgación, que permiten adquirirlo de verdad. Su resultado se aprecia enseguida en las charlas de café y las tertulias de salón, pero no donde debe apreciarse de verdad: en la formación de una opinión propia sobre la realidad, en la actitud, en fin, de las personas hacia el mundo que les rodea.

Y eso es, precisamente, lo que este pequeño libro persigue: ayudar a quienes lo lean a comprender mejor el mundo en el que viven, a formarse opiniones propias sobre él. Porque

interrogarse sobre el pasado es interrogarse sobre el presente, y comprender la historia es comprendernos mejor a nosotros mismos, no como individuos, pero sí como sociedad. Y es que, como ya escribiera José Ortega y Gasset, los seres humanos no tenemos naturaleza, tenemos historia.

Rivas Vaciamadrid, 22 de noviembre de 2015

# I

## EL ALBA DE LA CIVILIZACIÓN

### 1

#### ¿POR QUÉ NO SOMOS NEANDERTALES?

Quizá, de algún modo, sí lo somos, aunque no tengamos conciencia de ello. De hecho, muchas preguntas fundamentales sobre la evolución humana se encuentran todavía muy lejos de contar con una respuesta definitiva. Una de ellas es esta: ¿cómo terminó la larga, y bastante intensa, relación entre nuestros hermanos neandertales y nosotros, esa especie que, con tan poco pudor, hemos llamado *Homo sapiens*? O, en otras palabras, ¿por qué no fueron ellos los que sobrevivieron?

Empecemos por recordar aquello en lo que la gran mayoría de los científicos está de acuerdo: las dos últimas especies humanas sobre la faz de la tierra, los neandertales y los sapiens, descienden de un único antepasado común. Se trata del denominado *Homo heidelbergensis*, un individuo que nos resulta muy bien conocido gracias, sobre todo, a los más de treinta ejemplares casi completos descubiertos en el más célebre yacimiento paleoantropológico de Europa: la Sima de los Huesos de Atapuerca, cerca de la ciudad española de Burgos, aunque su nombre, como no resulta difícil suponer, derive de



Reconstrucción de un hombre de neandertal elaborada por Viktor Deak en 2012. Para ello el célebre paleoartista norteamericano tomó como base los restos de un individuo encontrado en Francia en 1909 en la cueva de La Ferrassie y llenó los huecos con copias de huesos de otros individuos hallados en muchos otros lugares para lograr un esqueleto completo. Luego aplicó las técnicas forenses de reconstrucción facial más avanzadas y obtuvo el resultado que se muestra en la imagen.

la localidad alemana de Heidelberg donde fueron hallados, en fecha tan temprana como 1907, sus primeros fósiles conocidos. En cualquier caso, estos antiguos humanos eran seres magníficos, con un cerebro medio de 1.250 centímetros cúbicos, casi equiparable al del humano moderno, y un cuerpo que, en los individuos de sexo masculino, podía alcanzar 180 centímetros de estatura y un peso cercano a los cien kilogramos.

Pero no fue en Europa, sino en África, donde dieron sus primeros pasos, creemos que en torno a seiscientos mil años antes del presente. Allí, mimados por su suave clima y sus abundantes recursos naturales, permanecieron nada menos que cien mil años, diseminándose poco a poco por todo el continente, hasta que hace unos quinientos mil años, desbordaron por fin sus límites y comenzaron a moverse poco a poco por Europa y Asia.

En Europa se encontraron con un mundo muy distinto al que conocían. El que ahora es nuestro hogar era entonces, en plena Edad del Hielo, un lugar inhóspito y exigente, de inviernos largos, días cortos y escasas y tímidas plantas que

## II

# LA ÉPOCA CLÁSICA

## 13

### ¿CÓMO SURGIÓ LA DEMOCRACIA?

La pregunta se las trae. La democracia no es, ni mucho menos, la norma en la historia de la humanidad, ni siquiera en los tiempos más recientes, si no antes bien una excepción. Y si esto es así aun en nuestros días, tanto más había de serlo cinco siglos antes de nuestra era, cuando la inmensa mayoría de los seres humanos, con excepción de quienes no habían conocido aún el Estado, vivían bajo el yugo de terribles despotismos.

Aun así, en la Hélade, esa pequeña y no demasiado acogedora región del extremo oriental de Europa de la que venimos hablando, el despotismo se encontraría pronto con poderosos frenos que dificultaron su arraigo y terminaron por hacerlo imposible. Al principio, nada parecía anticipar tan poco habitual destino. En la polis, la ciudad-estado que constituía el marco de convivencia más habitual entre los griegos, el poder estaba también en manos de unos pocos, una cerrada camarilla de señores que asentaban en el pasado las razones de su poder, se sentaban solos en el consejo que regía los destinos de la colectividad y se reservaban para sí

los cargos públicos. La asamblea, donde todos, poderosos y humildes, se reunían, nada decidía.

Pero aquel sistema, a diferencia de lo que sucedía en el resto del mundo, llevaba en su seno un poderoso germen de cambio. El árido clima de Grecia y la pobreza de su suelo no recomendaban una agricultura basada en los cereales como la de sus vecinos del despótico Creciente Fértil. El olivo y la vid, en consecuencia, acabaron desplazando al trigo y la cebada. Pero los nuevos productos servían poco para el autoconsumo y mucho para la venta en el mercado, lo que acabó por arruinar a los pequeños cultivadores incapaces de competir en precio con los grandes terratenientes, que fueron quedándose poco a poco con sus tierras. La tensión entre unos pobres aún más pobres y unos ricos todavía más ricos llegó pronto a hacerse insostenible, tanto que los poderosos temieron por su posición y buscaron allende los mares una solución capaz de aliviar el descontento.

Entre los siglos VIII y VI a. C., las colonias griegas se extendieron sin cesar, primero por las costas del mar Negro; luego por el norte de África, el sur de Italia e incluso las lejanas playas de Iberia. Pero la colonización, lejos de asegurar las posiciones de la oligarquía tradicional, no hizo sino comprometerlas aún más. Los nuevos asentamientos, que no orientaron su economía a la artesanía sino al cultivo de los campos, compraban en su patria de origen cuantos productos necesitaban para subsistir. La invención de la moneda, en el siglo VI a. C., acrecentó aún más el volumen de los intercambios. Las viejas polis griegas, alentadas por la demanda de las nuevas colonias, vieron cómo se desarrollaba su artesanía y su comercio. Una nueva clase social integrada por artesanos y comerciantes, opulentos pero apartados por completo del poder, hizo su aparición en la Hélade, mientras los aristócratas, incapaces de sumarse con éxito a las nuevas actividades, veían deteriorarse los fundamentos de su poder económico. Por otra parte, la aparición, a principios del siglo VII a. C., del hoplita, un soldado de infantería armado con casco, coraza, escudo redondo, lanza, espada y defensa para las piernas, hacía obsoleto el carro de guerra, la forma de lucha típica de la aristocracia que Homero describió en la *Iliada*, minando todavía más los cimientos sobre los que se asentaba el poder de los nobles.

# III

## LA ANTIGÜEDAD TARDÍA

### 25

#### Y ENTONCES, ¿POR QUÉ CAYÓ EL IMPERIO ROMANO DE OCCIDENTE?

La respuesta no es nada sencilla. De hecho, no bastan los dedos de ambas manos para enumerar solamente las distintas versiones que los historiadores ofrecen de la muerte del Imperio de Roma. Pero, sea una u otra la preferida, lo cierto es que son muchos los presagios que predicen, ya desde el crepúsculo del siglo II, el fin del mundo romano.

Por supuesto, nos encontramos ante un proceso de gran complejidad en el que debemos huir de las explicaciones monocausales, por muy atractivas que resulten. Carece de sentido afirmar, como piensan la mayoría de los profanos, que fueron los bárbaros, sin más, los responsables de la caída de Roma, o, como sostuvo el mismo Edward Gibbon, que la verdadera causa de la decadencia de su civilización fue el cristianismo porque minó sus bases morales. La verdad es que son muchos los factores que explican la caída de Roma, y unos y otros se imbrican entre sí de tal modo que resulta difícil identificar el papel que desempeña cada uno de ellos.

La crisis del modelo económico romano, no obstante, merece que se le reconozca un valor cuando menos esencial. La esclavitud sirvió de cimiento a la economía imperial durante siglos. Los esclavos ofrecieron a Roma una mano de obra abundante y barata mientras la conquista de nuevos territorios aseguró su suministro continuo. Pero, por un lado, su bajo precio actuaba como freno para las innovaciones técnicas, pues ¿quién va a invertir en tecnología para ahorrar en mano de obra cuando esta es prácticamente gratuita? Y, por otro lado, su nula capacidad de compra funcionaba como límite a la demanda, de la que se detraían los millones de personas en todo el Imperio que no percibían salario alguno. Ambos resultaron factores clave para el sostenimiento del sistema a largo plazo que terminaron por imponer su lógica aplastante, conduciendo así a la economía imperial a una crisis irreversible. En otras palabras, el sistema podía seguir creciendo hacia afuera alimentándose de botines, mercados, tierras y esclavos. Pero cuando, en los primeros años del siglo II, las conquistas se interrumpieron, la economía empezó a debilitarse.

Y esa economía en decadencia hubo de soportar una creciente agresividad de los bárbaros, acuciados a su vez por una presión demográfica excesiva y, por ende, ansiosos por penetrar en lo que para ellos era un verdadero paraíso. Roma respondió cubriendo de fortificaciones el Danubio y el Rin para frenar a los aguerridos pueblos germanos; consolidando las vitales defensas orientales, comprometidas por los persas sasánidas —la amenaza, con mucho, más poderosa al principio— y vigilando de cerca a los nómadas saharianos, mientras se incrementaba sin cesar el tamaño del ejército y se disparaba el gasto militar.

Los efectos de esta política, nefasta, aunque forzada por las circunstancias, fueron demoledores. El incremento en el número de soldados reducía aún más la mano de obra a disposición de unas actividades productivas ya castigadas por la escasez de esclavos; la necesidad de financiar el creciente gasto militar forzaba a un incremento de la presión fiscal que asfixiaba una economía ya exangüe, y las alteraciones en el contenido de metal precioso de la moneda, burdo recurso para ahorrar oro y plata sin reducir el valor nominal del dinero, agravaron aún más la crisis al disminuir la confianza en él, favoreciendo el atesoramiento de las monedas viejas, acelerando el gasto de las nuevas y provocando así la subida de los precios.



Atila (detalle), por Eugene Delacroix (1843-1847). Biblioteca del Palais Bourbon, París. La llegada de Atila a Italia provocó un verdadero pánico entre los habitantes de la península. No sería, sin embargo, Atila, sino Odoacro, rey de los hérulos, el que pondría fin al Imperio romano de Occidente en el año 476 de nuestra era.

En consecuencia, los talleres y las fábricas, privados de clientes, faltos de mano de obra y asfixiados por la presión fiscal, empezaron a cerrar, mientras el comercio se contraía y las ciudades se despoblaban. De ellas huyeron primero las clases más pudientes, aplastadas por el peso creciente de los impuestos. Después lo hizo el resto, que marchaba al campo en busca de refugio en las grandes villas de los terratenientes, las cuales, ahora autosuficientes, atrancaban sus puertas a los agentes del fisco y ofrecían a los refugiados, convertidos en colonos, protección frente a los cada vez más numerosos bandidos y un terruño del que subsistir a cambio de una parte de la cosecha y del compromiso de no abandonarlo nunca. Las clases medias se extinguieron así lentamente. Entre los *honestiores*, dueños de la tierra –obispos, generales y altos funcionarios– y los

## IV

# LA EDAD DE LAS TINIEBLAS

## 38

### ¿FUE EL MEDIEVO EN REALIDAD LA EDAD DE LAS TINIEBLAS?

Desde luego, la imagen ha arraigado en la visión de la historia propia de la mayoría de las personas. Para muchos, la Edad Media no fue otra cosa que un dilatado período de miseria y oscurantismo que estorbó la marcha ascendente de la humanidad hacia el progreso, un largo milenio de tinieblas que sólo concluyó cuando brilló al fin en toda su intensidad la luz del Renacimiento. Incluso Ernst Gombrich, autor de la más célebre historia universal para jóvenes lectores que se haya escrito jamás, al tratar de moderar un tanto esta visión del Medievo, dijo de él que sólo gracias al cristianismo había sido una «larga noche tachonada de estrellas», pero, añadiríamos nosotros, una larga noche a fin de cuentas.

Pero ¿es eso cierto? ¿Fue en realidad la Edad Media ese largo período de miseria, superstición y retroceso en todos los ámbitos que la mayoría de las personas piensan que fue? Una vez más, es necesario matizar. En la historia, como en la vida, no existe el blanco y negro, sino sólo una extensa paleta de

grises. Que este fue el tono que predominó entre la caída del Imperio romano de Occidente, en el 476 de nuestra era, y el año auroral de 1492, fecha del descubrimiento de América, no significa que fuera siempre el mismo tono de gris.

Es cierto que las primeras centurias que siguieron al desplome final de Roma no invitan en exceso al optimismo. Aunque la mayoría de los especialistas actuales en el período tienden a preferir la expresión *Antigüedad Tardía* para aludir a esta etapa, al menos hasta el siglo vi, y han moderado un tanto la impresión tradicional de decadencia, no cabe negar que las evidencias arqueológicas hoy disponibles dictan un veredicto inapelable de retroceso en todos los ámbitos. La vivienda, el ajuar doméstico, la alimentación, el vestido y la cultura sufren un deterioro innegable. Los intercambios, las manufacturas y la circulación monetaria se contraen. Entre la masa enorme de campesinos desposeídos y la élite minúscula de clérigos incultos y despiadados señores de la guerra no parece existir ya nada sino el recuerdo vago de los antiguos mercaderes y artesanos. Las urbes languidecen poco a poco. La concepción del Estado como un ente objetivo y distinto a la persona del gobernante, apoyado en leyes escritas y garante de ciertas prerrogativas individuales, retrocede frente al imperio de la costumbre, la arbitrariedad y la confusión entre un soberano de autoridad siempre frágil y su enclenque administración. La guerra se convierte en un mal endémico. Entre los siglos v y x, sucesivas oleadas de pueblos arrasan las tierras del viejo Imperio de Occidente.

En la última de ellas, entre los siglos ix y x, vikingos, magiares y musulmanes penetran desde Rusia hasta Francia, desde Italia a las Islas Británicas. Occidente parece a punto de perecer. Los invasores han sembrado por doquier el desorden y el miedo. La población se contrae aún más; los caminos se vuelven inseguros; la miseria se apodera de los campos. Los estados, minados por la división del poder entre los nobles, se desmoronan. Cada región queda abandonada a su suerte. Cada hombre libre busca un noble que lo proteja; cada campesino, un señor que lo ampare. Incluso la Iglesia entra en el juego. Como señores, los obispos y abades rigen vastas explotaciones agrarias y reciben de los campesinos, olvidado ya el trabajo de los monjes, las rentas que les permiten entregarse a la oración y la cultura; como vasallos, los sacerdotes y sus templos



Las Ferias de Champaña en un grabado del siglo XIX. Las ferias, que se celebraban desde el siglo XII en las regiones de Champagne y Brie, debieron su éxito a la seguridad que garantizaban a los comerciantes, que acudían allí de toda Europa. Gracias a las ferias, el comercio y la artesanía renacieron tras una decadencia de siglos.

se entregan a señores laicos que los usan como un beneficio más en el entramado de las relaciones feudales. El mismo papa gime bajo la tiranía de la nobleza romana. Y el clero, corrupto e ignorante, se halla muy lejos de un pueblo que le necesita ahora más que nunca.

Resulta, pues, difícil hallar otra cosa en estos siglos que miseria, violencia y oscurantismo, pero, por fortuna, no es este el signo dominante en el conjunto del Medievo. Las cosas empiezan a cambiar cuando Europa está a punto de cruzar la frontera del segundo milenio de la era cristiana. Las tinieblas comienzan a disiparse y, entre los siglos XI y XIII, contra todo pronóstico, el continente recupera en parte el pulso perdido siete centurias atrás. La paz obra el milagro. Las tierras de labor se extienden; los nuevos cultivos y ciertos avances técnicos incrementan la productividad de los campos; la producción, en fin, crece. Las gentes, mejor nutridas, viven más años y engendran más hijos. La población crece también. En el campo sobran brazos y la ciudad parece ahora la única esperanza. Entre sus muros resurgen las manufacturas, alimentando de nuevo

# V

## DESCUBRIMIENTOS Y REFORMAS

### 50

#### ¿POR QUÉ SE «DESCUBRIÓ DE NUEVO» AMÉRICA EN EL SIGLO XV?

No, el enunciado de la pregunta no contiene ningún error. Aunque, en una expresión no poco eurocéntrica, seguimos llamando «Descubrimiento de América» a lo que hizo Cristóbal Colón en nombre de la Corona de Castilla el 12 de octubre de 1492, en realidad deberíamos denominarlo «redescubrimiento», pues el primer europeo que alcanzó las costas de lo que hoy conocemos como continente americano fue el comerciante y explorador noruego Erik Thorvaldsson, más conocido como Erik el Rojo, que desembarcó en las costas de Groenlandia hacia el año 982 de nuestra era. Incluso es posible que antes que él dos compatriotas suyos se dejaran caer por allí y que uno de ellos llegara a fundar un pequeño asentamiento, aunque de efímera permanencia. En todo caso, fueron los vikingos, no los españoles, los verdaderos descubridores de América.

Pero las repercusiones de aquel primer encuentro fueron nulas. Tenía que suceder así cuando era sólo el deseo de



Representación de un *drakkar* vikingo en el Tapiz de Bayeux, un gran lienzo bordado del siglo XI de casi setenta metros de largo que relata, mediante una sucesión de imágenes con inscripciones en latín, los hechos previos a la conquista normanda de Inglaterra, que culminó con la batalla de Hastings del año 1066. En una de estas naves debió de alcanzar Erik el Rojo las costas de Norteamérica en el siglo IX.

obtener mujeres, esclavos y botín el que movía a aquellos primeros exploradores, tan esforzados y temerarios como poco interesados en crear vínculos estables entre aquellas tierras remotas y las suyas propias. Por esa razón, ni los nativos americanos ni los europeos de los siglos oscuros del Medioevo experimentaron cambio alguno en su modo de vida o en su concepción de las cosas a raíz de las tempranas expediciones vikingas hacia Occidente. Ambos mundos, el viejo y el nuevo, siguieron viviendo uno de espaldas al otro hasta finales del siglo XV. Y es por ello por lo que la pregunta cobra todo su sentido. ¿Por qué entonces? ¿Por qué no antes?

La respuesta es que sólo a finales del siglo XV Europa y los europeos estaban preparados para embarcarse en una relación que, hasta ese instante, superaba con creces sus posibilidades, sus necesidades y sus anhelos. Sólo a partir de 1450 la Europa bajomedieval, deshabitada y pobre, quebrada por graves

# VI

## LA ERA DEL LIBERALISMO

### 64

#### ¿POR QUÉ DECIMOS QUE EL XVIII FUE EL SIGLO DE LAS LUCES?

Las luces, en la vieja simbología tan cara al ser humano desde tiempos remotos, se oponen a las tinieblas, como, ya en nuestros días, la civilización se enfrenta a la barbarie y la razón a la superstición. El siglo XVIII significó, para sus élites y para muchos historiadores posteriores, el triunfo de la razón y de un nuevo concepto de civilización unido de forma indisoluble a ella. Con toda lógica merece, pues, el apelativo que se le dio y que aún conserva.

Pero las luces no son sólo espirituales. Todo en aquel siglo resplandeciente parece animado por una rara y pasmosa energía. La población crece una vez más, dejando atrás el luctuoso siglo XVII. No se olvidan las hambrunas ni las epidemias, pero la mortalidad empieza a bajar. El clima más suave, la medicina más avanzada, la roturación de tierras y los nuevos cultivos, como el maíz y la patata, alimentan mejor a los humildes y prolongan su vida. Las manufacturas despiertan, impulsadas por la iniciativa privada o, donde esta falta, por el propio

Estado, que se embarca decidido en la producción de artículos de lujo para los ricos, cañones para sus ejércitos o barcos para sus flotas. El comercio, aún escaso en el interior del continente, crece y se vigoriza gracias a los navíos que unen, aún más que en el siglo anterior, en un lucrativo triángulo las costas de Europa, América y África. Los flamantes capitales se acumulan en espera de un destino igualmente fructífero que ya empieza a entreverse en la industriosa Inglaterra de las últimas décadas del siglo.

La burguesía, actriz principal de estos significativos cambios, comienza a tomar conciencia de su importancia y se irrita ante el desprecio de la nobleza que reclama del monarca el monopolio de los altos cargos, pensando ya en un mundo nuevo y distinto donde el poder político sea hijo de la riqueza y de la cultura, y no de la sangre, mientras crecen en su interior las ideas llamadas a convertirlo en realidad. Las revoluciones que sirven de bisagra al Antiguo Régimen y al nuevo se preparan, así, entre la creciente insatisfacción de los burgueses y la miseria terrible de los humildes, y frente a los gobernantes de un Estado que, sólo a medias seducidos por la razón, tratan de usarla como herramienta del crecimiento económico y de la fuerza militar, sin reparar apenas en la terrible contradicción que supone verter en los odres viejos y podridos de la sociedad estamental y el absolutismo el vino nuevo que les brindan los filósofos.

Porque los filósofos y pensadores, ingenuos y poco atentos al estático pasar de un pueblo llano que vive como siempre lo ha hecho, incapaz de sentir anhelo de lo que no ha conocido nunca, creen de verdad disipadas las tinieblas de la ignorancia y, guiados por la razón, confían en un progreso que no puede detenerse. El XVIII es el siglo de la crítica. Se critica desde la sátira y la burla, desde la reflexión seria y meditada, desde imaginarios libros de viajes que enfrentan las miserias de lo europeo con las bondades de una sociedad utópica. Se critican los valores y las normas, los usos y las costumbres, los fundamentos mismos de la sociedad. Se critica el cristianismo, que encarna por sí solo casi todo cuanto desprecian los filósofos al uso: la primacía de la fe sobre la razón, la concepción de la vida terrena como un medio, la maldad radical del ser humano, la autoridad como argumento que se basta a sí mismo, la revelación como fuente del conocimiento de Dios. Y

## VII

# LA PRIMAVERA DE LOS PUEBLOS

## 74

### ¿POR QUÉ NAPOLEÓN HUMILLÓ A TODA EUROPA?

Las fulminantes victorias militares del emperador de los franceses siempre han atraído la atención de los amantes de la historia, y no son pocos los niños que, cautivados por ellas, resolvieron dedicar su vida a esta disciplina. Pero ¿qué hay detrás de esas victorias? ¿Por qué fue capaz Napoleón de derrotar, una y otra vez, a ejércitos superiores en número? ¿Cómo es posible que, durante quince años, un solo hombre sometiera a sus designios a las grandes potencias europeas y cambiara a su gusto la faz del continente, aboliendo de un plumazo monarquías con siglos de existencia y creando de la nada tronos para sus familiares y hombres de confianza?

La primera razón es evidente, y hay que buscarla en su genio militar. El raro talento táctico del insaciable corso se puso de manifiesto desde sus primeros años como teniente de artillería al servicio de la Francia revolucionaria, pero sólo se desplegó en toda su magnitud cuando pudo mandar ejércitos enteros y disponerlos a su gusto sobre el campo de batalla. Fue entonces cuando brillaron con deslumbradora intensidad los

geniales postulados tácticos que le dieron victoria tras victoria y que, desde entonces, las academias militares de todo el mundo han aclamado como ejemplos de insuperable destreza en el mando.

Dejando de lado aspectos menores, pero importantes, como su obsesión por disponer de un perfecto conocimiento del escenario de la batalla antes de enfrentarse al enemigo, las verdaderas innovaciones que Napoleón introdujo en los planteamientos tácticos de finales del siglo XVIII afectaron a dos grandes aspectos: la disposición de las tropas sobre el terreno y la movilidad de las mismas antes y durante el combate, aspectos en los que los ejércitos franceses no tenían parangón.

Para no incurrir en un prosaico exceso de tecnicismos, imaginemos durante un momento la noche anterior a una batalla imaginaria. Las tropas imperiales descansan inquietas en las tiendas. Los soldados de guardia se arrebujan en sus gruesas capas al abrigo de las hogueras. Pero Napoleón no duerme. Absorto en los mapas que se despliegan sobre su gran mesa de campaña, invierte las últimas horas antes del combate en fijar en su memoria hasta el más nimio detalle del terreno en que va a luchar; precavido, ha enviado sus mejores tropas, al amparo de la oscuridad, a ocupar con rapidez las posiciones más ventajosas para sorprender al enemigo por la espalda cuando amanezca. Después, todo ocurrirá como siempre. Envuelto entre dos líneas, una que ataca y la otra que resiste, el ejército enemigo se rendirá en unas horas, como había sucedido en la batalla de Ulm en octubre de 1805. Si, aunque es poco probable, las cosas se tuercen y alguna de sus divisiones flaquea, el Cuerpo de Reserva acudirá velozmente en su ayuda y restaurará el equilibrio; si, por un extraño azar, el enemigo logra rodearle, como ocurrió aquel glorioso día en Austerlitz, aprovechará la menor distancia entre sus líneas para concentrar el fuego allí donde menos resistencia pueda encontrarse, y enseguida se invertirán las tornas: quien envolvía quedará envuelto y será derrotado sin piedad. Y ya verá qué hará entonces con los supervivientes. La caballería de Murat podría perseguirlos y aniquilarlos sin piedad. Pero sabe que no conviene humillar demasiado al derrotado: el enemigo de hoy puede ser el amigo de mañana, e incluso él necesita amigos y aliados en una Europa presta a revolveerse contra su dominio.

No son muchas ideas, pero son geniales. Sin embargo, como tantas veces sucede en la historia, tras las virtudes individuales del héroe o del genio es necesario rastrear el papel del contexto en el que desarrolla estas iniciativas que le conducen al éxito, las fuerzas históricas que juegan en su favor, pues por lo general heroísmo y genialidad lo son en relación a una época determinada, cuyas oportunidades —y este es un rasgo que comparten las grandes personalidades de la historia, sea cual fuere la época en la que vivieron— sabe explotar mejor que nadie esa individualidad poderosa a la que llamamos héroe o genio.

En este caso, esas fuerzas históricas eran las mismas que había desatado la Revolución francesa. Al hacerse con el poder, la burguesía había apelado a las energías del pueblo levantado en armas contra sus señores nobles y eclesiásticos, esperando devolverlo luego a sus campos y talleres sin otra compensación que la abolición de los diezmos y los derechos señoriales. Pero, amenazada por la agresión de las potencias absolutistas, la República hubo de contar de nuevo con los humildes. Ahora la nación también eran ellos, y tendrían que ser ellos los que la defendieran tomando las armas contra los extranjeros que ponían en peligro su supervivencia. En poco tiempo, toda Francia era un ejército y cada francés un soldado. La República podía poner en los campos de batalla cientos de miles de efectivos, y contra un ejército así, enorme y alimentado por la poderosa fuerza del nacionalismo, nada podían hacer los reducidos cuerpos de soldados profesionales de las potencias absolutistas. El primer anticipo pudieron contemplarlo las disciplinadas tropas austríacas del duque de Brunswick en la batalla de Valmy, el 20 de septiembre de 1792, cuando el general francés Kellermann, al gritar «Viva la Nación» mientras agitaba el gorro frigio sobre la punta de su espada, enardeció de tal modo a sus hombres que estos pusieron en fuga al enemigo. Goethe, testigo de los hechos, proclamó más tarde que «la era de los reyes había dejado paso a la era de los pueblos».

Sin duda era cierto. Y el primer general que fue capaz de cabalgar con destreza sobre los lomos de la nación en armas fue precisamente Napoleón. Por eso, además de su innegable genialidad, sus ejércitos fueron durante un tiempo invencibles. Pero la misma fuerza histórica que había jugado a su favor hasta 1808 no tardaría en volverse en su contra. En realidad, el

# VIII

## EL FIN DEL ANTIGUO ORDEN

### 83

#### ¿POR QUÉ LOS EUROPEOS SE CONVIRTIERON EN DUEÑOS DEL MUNDO?

A lo largo del siglo XIX, y en especial en su segunda mitad, las grandes potencias europeas, encabezadas por Gran Bretaña, Francia y, un poco más tarde, el Imperio alemán, experimentaron una prodigiosa mutación para entrar de lleno en un nuevo sistema económico que autores como Hilferding o Lenin denominaron «Capitalismo Financiero». Su población se incrementó hasta unas tasas jamás alcanzadas con anterioridad. Sus instalaciones fabriles, cada vez más profusas y complejas, aumentaron su producción y la diversificaron. Los capitales, fruto de los colosales beneficios asegurados por unos avances técnicos que reducían sin cesar los costes, se acumularon a un ritmo acelerado, y grandes corporaciones que reunían bajo una dirección única intereses industriales y financieros surgieron por doquier, prestas a repartirse un mercado en el que la libre competencia resultaba cada vez más difícil.

Como consecuencia de todo ello, Europa se hizo más poderosa que nunca. Sus ejércitos y armadas, que los avances



Exploradores ingleses en el África colonial. La poderosa Europa nacida de la industrialización impuso al mundo sus intereses y sus normas. El mundo actual es, en buena medida, hijo del imperialismo.

tecnológicos propiciados por la segunda revolución industrial habían transformado en invencibles, se extendieron sin apenas obstáculos por los cinco continentes, imponiendo su dominio, directo o indirecto, allí donde existía algún recurso que extraer o un mercado que conquistar. Entre 1880 y 1914, los europeos se habían convertido en los dueños, formales o informales, de casi todas las tierras emergidas del planeta, con dos únicas excepciones significativas: el continente helado e inaccesible de la Antártida y los pujantes Estados Unidos de América, señores indiscutibles ellos mismos de un imperio sobre el Hemisferio Occidental que no era menos real por carecer de títulos oficiales de soberanía. Había comenzado la era del imperialismo.

A pesar de las apariencias, pues el imperialismo había sido una práctica recurrente a lo largo de la historia humana, se trataba en esta ocasión de un fenómeno del todo nuevo. Los mecanismos que provocan en el último tercio del siglo XIX la expansión y la universalización de los imperios coloniales nunca se habían manifestado con anterioridad, o al menos no lo habían hecho en igual grado. ¿A qué se debió, pues, esta nueva y distinta eclosión colonial?

Si hubiera que reducir la respuesta a un par de palabras, diríamos que el imperialismo no era sino el hijo espurio, pero

vigoroso, de la Revolución Industrial, o, con mayor precisión, de una serie de procesos concomitantes con la Revolución Industrial. Veamos, pues, cuáles son esos procesos.

Es necesario, para empezar, prestar atención a los cambios demográficos. A partir de 1850, la población de los países más industrializados comenzó a crecer a un ritmo nunca visto. La natalidad se mantenía en tasas muy altas gracias a la mejora de la productividad agraria, mientras la mortalidad caía en picado como resultado de los progresos experimentados por la medicina y, algo más tarde, por la higiene. A la vez, la creciente pérdida de empleos que la mecanización acelerada provocaba en el campo impulsaba a los desesperados jornaleros en paro hacia las ciudades, donde las fábricas, a pesar de su rápido desarrollo, no eran capaces de crear los puestos de trabajo necesarios para absorber la imparable marea humana. Este proceso, a la par que la desesperación de tantas personas privadas de futuro por cambios cuyo alcance desconocían, alimentó enseguida una intensa emigración hacia el otro lado del océano. América, Australia y África se convirtieron en tierras de promisión para una generación entera de europeos.

Los gobiernos, cuya inquietud ante las reivindicaciones de las cada vez más poderosas organizaciones obreras no dejaba de aumentar, tardaron poco en percatarse de que una manera muy simple de relajar las fuertes tensiones sociales generadas por la rápida industrialización era fomentar esa emigración, mucho más fácil cuando el destino se hallaba bajo el control, directo o no, de la nación emisora. Grandes territorios casi vírgenes como Canadá, Sudáfrica o Australia se convirtieron de ese modo en colonias de poblamiento en las que los blancos, constituyeran o no la mayoría de los residentes locales, pronto comenzaron a apropiarse de las fuentes de riqueza en detrimento de la población autóctona.

Las nuevas necesidades económicas ocuparon también un lugar destacado entre las causas del imperialismo. El desarrollo industrial requería materias primas abundantes que sólo la conquista o el control indirecto de los territorios donde se hallaban podía preservar de la insaciable voracidad de las potencias competidoras, y ello en un contexto en el que la demanda presionaba los precios al alza. Además, la extracción de las materias primas y la explotación de los recursos energéticos de esos territorios, por abundantes que fueran, exigía

casi siempre grandes inversiones iniciales, que se materializaban en la construcción de puertos, carreteras, vías férreas y otras infraestructuras cuya financiación ofrecía una rentable salida a los capitales acumulados en los países ricos, previniendo de ese modo una excesiva caída de su remuneración, y una demanda segura para las mercancías que, del todo cerrados los mercados interiores de las naciones competidoras por un férreo proteccionismo, no encontraban clientes sino con gran dificultad más allá de las propias fronteras.

El imperialismo fue también, en mayor o menor grado según los casos, un fenómeno de naturaleza ideológica. No se trataba tan sólo de encontrar argumentos más presentables con los que justificar el despiadado expolio de las riquezas de otros y la apropiación descarada de sus territorios. Algunas de las ideas manejadas, y no sólo las religiosas, eran sinceras, aunque no por ello siempre acertadas. El proselitismo natural de las distintas iglesias cristianas actuó como poderoso estímulo del imperialismo, pues a menudo tras la cruz llegaban los capitales y tras ellos, los cañones, y una vez plantada la bandera, los púlpitos servían de eficaz valladar ideológico contra cualquier ideología contraria a los intereses de la metrópoli.

Pero había más. Por una parte, la conciencia de pertenecer a una civilización que se tenía a sí misma por superior sirvió en muchas ocasiones a los europeos como útil coartada para justificar la imposición descarada, en beneficio propio, de los valores occidentales, disfrazados sin pudor de avances económicos, sociales y culturales objetivos para los pueblos colonizados. Por otra parte, la conciencia del propio poder económico y militar nutrió un nacionalismo extremo que no podía por menos que impulsar nuevas conquistas en abierta competencia con las otras grandes potencias. Y si el poder que ahora se poseía era escaso, como le sucedía a estados en decadencia como Italia, Portugal o España, siempre podía apelarse al recuerdo de un pasado más o menos glorioso.

En cualquier caso, fueron los barcos y los cañones que la Revolución Industrial había hecho tan poderosos lo que hizo de las naciones europeas las dueñas del mundo y no la supuesta superioridad de su civilización, algunos de cuyos principios, si bien suponían un avance innegable en la difícil marcha de la humanidad hacia la libertad y la justicia,

no habían pasado del papel ni siquiera en los estados que en teoría habían hecho de ellos los fundamentos de su orden social y político.

## 84

### ¿CUÁLES FUERON LAS CAUSAS DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL?

Es este uno de esos asuntos de calado en la historia humana en que resulta forzado distinguir las apariencias de la realidad o, en otras palabras, los disparadores del proceso de sus causas reales o, como gustan más de decir los historiadores, sus causas profundas. Los primeros están claros. La guerra estalló a finales de julio de 1914, apenas un mes después de que el heredero del Imperio austrohúngaro, el archiduque Francisco Fernando, fuera asesinado en las calles de Sarajevo por el nacionalista bosnio Gavrilo Princip, y su Gobierno, tras culpar a Serbia del atentado, le declarase la guerra, disparando, como fichas de dominó que se derribaban unas a otras, la ejecución en cadena de los tratados de alianza vigentes entre las grandes potencias europeas y, por ende, la conflagración general en el continente.

Pero si nos quedáramos en eso, no entenderíamos por qué estalló en realidad la Primera Guerra Mundial, o la Gran Guerra, como se la conoció hasta que estalló la Segunda. Si un atentado fue capaz de provocar un conflicto que costó al mundo más de ocho millones de muertos en una época en la que los magnicidios no resultaban demasiado infrecuentes, es que hay otras razones a las que atender. Veamos cuáles eran.

Como vimos, en 1815, tras la caída de Napoleón, el equilibrio entre las grandes potencias había vuelto a erigirse en principio rector de las relaciones internacionales europeas. El Reino Unido, Austria, Rusia y Prusia, a las que se añadió más tarde Francia, diseñaron en el Congreso de Viena un nuevo mapa de Europa concebido para evitar a toda costa la aparición de otro caudillo capaz de trastocar, con su genio militar, la forzada armonía entre los estados.



Primera página de la edición de 12 de julio de 1914 del periódico italiano *Domenica del Corriere*, con un dibujo de Achille Beltrame en el que se representa a Gavrilo Princip asesinando al archiduque Francisco Fernando de Austria en Sarajevo.

La Pentarquía se mantuvo, con apenas alteraciones, durante unas décadas. Luego, en el último tercio del siglo, los efectos de la Revolución Industrial se hicieron sentir en el terreno de las relaciones diplomáticas. De manera inopinada, aparecieron grandes potencias fuera de Europa, como los Estados Unidos y Japón; dentro de ella, Alemania, recién llegada al club de los poderosos, pronto despuntó en poderío y ambición. Dirigida con pragmática habilidad por Otto von Bismarck, logró por un tiempo preservar mediante artificios diplomáticos su flamante hegemonía sin levantar contra ella una alianza de los demás grandes estados. Pero después de 1890, caído el Canciller de Hierro, sus sucesores apuestan por una política más agresiva. Alemania, postergada en el reparto colonial, reclama «un lugar bajo el sol» acorde con la magnitud de su economía.

Las tensiones entre las grandes potencias, hasta entonces larvadas, se intensifican. Los conflictos provocados dentro de Europa por las encontradas ambiciones territoriales de las naciones se agravan como resultado de los repetidos choques

# IX

## QUO VADIS, HUMANITAS?

### 93

#### ¿POR QUÉ SE PRODUJO LA DESCOLONIZACIÓN?

La Segunda Guerra Mundial cambió el mundo para siempre y de raíz. Terminó bruscamente con la conmovedora candidez de los Años Locos; obligó de nuevo a las personas corrientes a mirar cara a cara a los horrores de una guerra total que pocos años antes había creído imposible repetir; barrió de un solo gesto la secular hegemonía de los europeos, y, en lo que fue el cambio quizá más visible de todos, dio a luz un nuevo planisferio político en el que, en el transcurso de tan sólo un par de décadas, más de un centenar de nuevos estados soberanos debutaron como actores independientes sobre el hasta entonces selecto escenario de las relaciones internacionales.

Es cierto que el proceso, que conocemos con el nombre de descolonización, se había iniciado algo antes, al término de la Gran Guerra. Pero entonces sólo habían resultado afectados los imperios, bastante reducidos en extensión, de Alemania y Turquía, y el destino de algunos de los pueblos liberados no había sido la independencia, sino el cambio de amo, pues sus territorios no se habían convertido en estados soberanos, sino

en «mandatos» administrados temporalmente por las potencias vencedoras en nombre de la Sociedad de las Naciones con el pretexto de que no se encontraban aún lo bastante «maduros» para tomar las riendas de su propio destino.

Lo que ahora sucede es bien distinto. Son los grandes imperios coloniales, el inglés y el francés sobre todo, los afectados, y el destino de los pueblos colonizados no es otro que la independencia. Pero ¿por qué ahora? ¿Cuáles fueron las causas de esa desamortización acelerada de territorios coloniales que dio a luz en muy poco tiempo a una verdadera pléyade de nuevos estados?

Lo cierto es que se trata de un proceso complejo. Las guerras mundiales, en especial la Segunda, habían trastocado en gran medida el orden vigente en los territorios coloniales. La demanda de materias primas y productos industriales por parte de las potencias beligerantes dinamizó sus economías e impulsó, en niveles distintos según los territorios, claro está, el desarrollo de pequeñas élites autóctonas, así como de los grupos sociales propios de las sociedades modernas, como la burguesía, las clases medias y los trabajadores asalariados. De algún modo, fue desarrollándose en aquellos pueblos una disfunción o desajuste bastante similar al que dio origen a las revoluciones burguesas a caballo entre los siglos XVIII y XIX: sus sociedades eran ya demasiado modernas, aunque no sin terribles desequilibrios, para que pudieran contenerlas por mucho tiempo las rígidas carcasas del colonialismo.

¿Por qué? Es evidente. Los nuevos grupos emergidos como resultado del crecimiento económico eran, a diferencia de las sociedades tradicionales que se rigen por la autoridad y la costumbre y se manifiestan reacias al cambio, sensibles a las proclamas de libertad que Occidente lanzaba al mundo. Cuando documentos tan impactantes como los célebres Catorce Puntos del presidente Wilson, de enero de 1918, o la Carta del Atlántico, de agosto de 1941 alcanzaron los ya educados oídos de las nuevas élites coloniales se convirtió en una mera cuestión de tiempo que al menos algunos de los pueblos africanos y asiáticos, conducidos por esas élites y con el apoyo de unas masas urbanas emergentes, reclamasen su derecho a disfrutar de prerrogativas tan seductoras como las que Occidente revelaba al mundo. Partidos nacionalistas que exigían la independencia y movimientos transnacionales que aspiraban a la



Firma de la Carta del Atlántico el 14 de agosto de 1941 a bordo del buque británico HMS Príncipe de Gales. En la imagen Winston Churchill y Franklin D. Roosevelt estampando su firma al pie del documento.

unificación de los pueblos que compartían una misma etnia, cultura o religión, como el panarabismo, el panafricanismo o el panislamismo, brotaron por doquier en las colonias.

Se trataba de una marea imparable, o, al menos, las potencias europeas, exhaustas por el colosal esfuerzo bélico, no poseían ya los medios para detenerla. Por ello, aunque en un primer momento su reacción fue muy diversa, dialogante en algún caso, reticente en otros, con el tiempo tuvieron que rendirse ante lo inevitable y reconocer la independencia de los nuevos estados. Pero la inteligencia y la visión histórica con que actuaron fue muy distinta.

El Gobierno británico, haciendo gala de una notable intuición acerca del futuro, sacrificó enseguida la soberanía política sobre sus colonias y, en la mayor parte de los casos, les concedió con rapidez la independencia a cambio de preservar los preciosos vínculos económicos y espirituales que le unían con ellas. En 1949, el orgulloso Imperio británico dio paso a la llamada Commonwealth, una mancomunidad de estados independientes, todavía vigente hoy, que reconocen como propio al soberano del Reino Unido. Francia, con pericia mucho menor, trató de poner en práctica algo semejante, pero su organización, la Comunidad Francesa, no cosechó un éxito equiparable. Los demás estados recorrieron caminos muy

diferentes. Alemania, como hemos dicho, había perdido sus colonias en 1919, como parte de las duras condiciones de paz impuestas por los vencedores, y lo mismo le había ocurrido a Turquía. En cuanto a las dependencias italianas, españolas, portuguesas, holandesas y belgas, fueron también accediendo a la soberanía entre los años cuarenta y setenta del siglo xx. Al concluir esa década, casi culminada la descolonización, dos centenares de estados habían marcado sus fronteras sobre la ahora abarrotada superficie del planeta. Un nuevo mundo había nacido.

## 94

### ¿POR QUÉ CUANDO ACABÓ LA COLONIZACIÓN DIO COMIENZO EL NEOCOLONIALISMO?

Pero ¿era de verdad tan nuevo? Lo cierto es que no. En realidad, a la situación creada tras las independencias de los pueblos africanos y asiáticos y su rápida metamorfosis en estados soberanos, cortados, no sin cierta premura, por los patrones históricos occidentales, podría aplicársele con total precisión la célebre frase que el literato italiano de la primera mitad del siglo xx Giuseppe Tomasi di Lampedusa utilizó en su única novela, *El Gatopardo*, para definir el cinismo con el que los partidarios del Antiguo Régimen se amoldaron al triunfo inevitable de la revolución burguesa, usándolo en su propio beneficio: «Que todo cambie para que todo siga igual».

¿Qué cambió y qué siguió igual? Cambiaron los ropajes que vestían estos nuevos actores en la escena internacional, envueltos ahora en el oropel de sus himnos y banderas; no lo hizo su realidad social y económica, y no lo hizo, sobre todo, su dependencia de sus antiguas, u otras nuevas, metrópolis. Había terminado el colonialismo; estas jóvenes naciones no eran ya, técnicamente, colonias; poseían gobiernos y ejércitos y disfrutaban de todos los atributos externos de la soberanía. Pero lo cierto es que muchas de las decisiones cruciales que condicionaban el futuro de estos pueblos y la vida cotidiana de sus ciudadanos se adoptaban fuera, y casi siempre muy lejos,



## BIBLIOGRAFÍA

A continuación, me permito sugerirles algunas obras de historia de carácter general cuya lectura puede resultarles interesante para completar o ampliar los conocimientos adquiridos. Se trata de obras muy distintas, más literarias unas, más eruditas otras, pero todas ellas excelentes y muy recomendables tanto para seguir iniciándose en la historia como para disfrutar de ella cuando se lleva ya tiempo transitando por sus siempre sugerentes caminos.

AYDON, Cyril. *Historia del hombre*. Barcelona: Planeta, 2009 (Ed. Or. 2007). Una historia general de la humanidad escrita con un estilo dinámico y sencillo que logra enganchar al lector desde las primeras páginas. Desde la Prehistoria hasta el más cercano presente.

BERNSTEIN, William J. *Un intercambio espléndido. Cómo el comercio modeló el mundo desde Sumeria hasta hoy*. Barcelona: Ariel, 2010 (Ed. Or. 2008). Hermosa obra que narra la historia del comercio desde sus orígenes en la antigua Mesopotamia hasta la globalización actual, desde el presupuesto de que la tendencia al intercambio es innata en el individuo y a ella se debe en buena medida el progreso de la humanidad.